

Teología de la técnica

La materia es el instrumento con que el hombre cuenta para ejercitar sus actividades técnicas y a su vez con éstas pretende transformar la misma materia en objetos técnicos.

La Iglesia ha estado siempre muy lejos de mostrar una actitud desfavorable respecto de la materia. Ha tomado sobre sí la defensa de la materia contra sus detractores, y, a pesar de la ascesis penitencial que predica, ha manifestado para con la materia una simpatía determinada.

Ha habido desviaciones religiosas que han condenado todo intento de penetrar en las profundidades de la materia. Según la leyenda mitológica, Prometeo fue encadenado a una roca por arrebatarse el fuego de las moradas de los dioses. La envidia de los dioses arrojó a Icaro al abismo por su intento de conquistar el aire. Una concepción divulgada decía que el universo estaba en poder de genios y de divinidades que guardaban celosamente su secreto y que tenían envidia e inquina contra los intrusos que se atrevían a descubrirlo. Han sonado voces de desdén contra la materia. En las filosofías del Oriente se degradó el concepto de la materia. Hubo muchas especulaciones de hostilidad contra la materia. El dualismo persa ponía en ella el origen del mal. Los cultos y los misterios orientales, la gnosis y el maniqueísmo profirieron condenaciones contra la materia: se la hacía derivar de un principio perverso, o bien se pensaba que un misterioso y desastroso cataclismo había hecho irrumpir en el mundo la maldita raíz de la materia. Otros pensaban que el cosmos ya estaba perfectamente acabado y que en él el hombre nada tenía que hacer, ni en el orden del conocimiento, ni en el orden de la acción, y que todo intento semejante no hacía más que aportar elementos de destrucción de la armonía cósmica; el hombre tenía que adoptar una postura completamente pasiva ante el cosmos.

Estas filosofías, que hoy nos parecen trasnochadas, han revivido en nuestros tiempos, se han encarnado en sectores del pensamiento occidental y han influenciado el existencialismo ateo, que tanto

desprecio siente por la contingencia de la materia y por el ser opaco del mundo.

Pero el pensamiento católico no se deja impresionar por estos conceptos equivocados antiguos y nuevos acerca de la materia. No es una profanación que el hombre, con la centella inteligente que ha recibido de Dios, emprenda la tarea de descubrir la obra de Dios y las reconditeces escondidas en las criaturas salidas de las manos de Dios. En el mundo material Dios brinda al hombre un espacio para que pueda ejercitar su inteligencia y su actividad. El mundo material es reflejo de Dios, espejo imperfecto si se quiere, pero espejo de las perfecciones divinas. Puede, pues, el hombre comulgar íntimamente con la materia, puede amarla y trabar con ella una amistad profunda. Así podremos tener simpatía para con la técnica, ya que la materia es el soporte de los objetos técnicos y con ella y en ella se ejercita la actividad técnica del hombre.

Con ello podemos contemplar de una manera positiva cuatro valores ontológicos encerrados en la técnica.

1. VALORES ONTOLÓGICOS DE LA TÉCNICA

a) *Valor humano subjetivo de la técnica*

Ningún mandato positivo necesita el hombre para actuar sobre la materia que se le ofrece a su alrededor, porque esta acción está imperada por la misma necesidad ineludible de su ser. No ha hecho Dios al hombre un ser autárquico, es decir, no encuentra en sí todas las cosas que precisa para satisfacer sus necesidades y desarrollar las riquísimas virtualidades que en sus facultades se encierran. Para ello necesita utilizar las cosas externas, cambiarlas y transformarlas. La actividad operacional es connatural al hombre; ella actualiza facultades, que son indispensables a la vida biológica y al desarrollo psicológico del ser humano. La actividad técnica es tan natural como la actividad biológica e intelectual; pide prestado a la primera su carácter instintivo y material, a la segunda su ingeniosidad y sus cálculos.

Ahora bien, hay que reconocer que el hombre mismo queda revalorizado con el ejercicio de su actividad técnica. Esta actividad produce valores humanos antes desconocidos en el sujeto que la ejerce. Podemos decir que el hombre, al pasar del manejo del utensilio al de la máquina, ha realizado, por encima de una intensificación cuantitativa, una transformación cualitativa de su actividad técnica.

Ejércitos humanos se emplean hoy en actividades técnicas, más o menos elevadas, más o menos inventivas o de aplicación, más o menos directivas o ejecutivas. En estas actividades aparecen magníficos despliegues de ideas, de intuiciones y de entusiasmos; teorías

que luego se han verificado fecundas en el campo de las aplicaciones y de las invenciones prácticas; la tensión mental con que los especialistas de diversas clases trazan un plano de los objetos que se tienen que construir; habilidad práctica de los constructores de los objetos técnicos. Estas actividades requieren el despliegue de cualidades que cada uno tiene que ejercitar en mayor o menor grado: esfuerzo mental, intuición, viveza de imaginación, atención, precisión, exactitud, constancia, sentido de la eficacia, etc.

El ejercicio de estas cualidades deja una profunda huella en el hombre. Podemos decir que el hombre dándose a la actividad técnica y desarrollando con ella la potencialidad de sus facultades realiza una vocación divina. Todas las potencias humanas, dice Santo Tomás, han sido concedidas al hombre para que se desarrollen. ¿Va a quedar en la oscuridad la *recta ratio fabricilium*? El hombre, creador de formas, se realiza a sí mismo, dominando por sus descubrimientos y por su razón, por su poder y por su virtud, la naturaleza, que es su dominio, de la que hace un mundo nuevo.

Podemos entender el mandato divino del Génesis «Creced y multiplicaos» no solamente en el sentido del mero crecimiento, de la multiplicación corporal y de la mera procreación, sino también en el sentido del crecimiento y de la multiplicación de las otras virtualidades no meramente vegetativas y procreadoras depositadas por Dios en el ser humano. Para que el crecimiento del hombre sea completo, habrá que crecer, aunque penosamente, en el despliegue de las cualidades que Dios ya había depositado como en semilla en los hombres primitivos, pero que después se habían de manifestar con gran exuberancia y fecundidad dirigiendo al hombre a un estado de adulto y de madurez. El hombre se ha de acabar de crear a sí mismo, su individualidad biológica y psíquica ha de proceder a una especie de autocreación. Los estadios de las sociedades prehistóricas e históricas se caracterizan por las creaciones progresivas de la técnica. El hombre ha ido madurando. En el siglo XX vemos estas actividades técnicas elevadas a un poder formidable del hombre.

En la contemplación de la parcela del ser humano, que son sus actividades técnicas, llegamos a un conocimiento más profundo de Dios como el primero y el más eminente técnico y arquitecto del universo. La plenitud, la eficacia y la fecundidad de las actividades técnicas del hombre traducen, aunque pálidamente, un destello de las riquezas infinitas contenidas en el poder y en la inteligencia de Dios.

b) *La actividad técnica como colaboradora de Dios*

Por su actividad técnica, el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, es un continuador y un colaborador de la creación y

del concurso activo que Dios presta a las obras inicialmente salidas de sus manos para que puedan actuar. Dios no lo quiere hacer todo. En un acto de confianza, quiere que el hombre haga algo en este mundo, en su materia, en su energía. Su campo de acción podrá aparecer muy limitado. La acción creadora del hombre tiene que limitarse a los elementos que encuentra en este diminuto planeta, aunque recientemente se ha lanzado ya no a una mera explotación mental del sistema solar, sino a influir en el satélite de la tierra y en otras planetas por el envío de cohetes y próximamente de seres humanos. Desarrollando las ciencias y las técnicas responderá el hombre a su imagen de Dios Creador, y de la idea del hombre creador por delegación se desprenderá el sentido de su actividad temporal.

Propiamente la actividad técnica del hombre no es una actividad creadora. Con la técnica el hombre nada crea; solamente doma, canaliza y transforma los elementos materiales y energéticos que encuentra en la creación; los puede aislar, acelerar o combinar. Eso está en conformidad con el voto del Creador; Dios comunica a los hombres una centella de su poder creador y se complace en ver cómo sus hijos lo ejercitan. Ningún celo tiene Dios al contemplar el esfuerzo del hombre por demostrar su poder sobre la naturaleza. Al contrario, podemos decir que el acto técnico cuanto más eficaz se manifiesta, más participa en cierta manera de la omnipotencia creadora, conservadora y operadora de Dios.

Hasta se ha lanzado una idea seductora. Dados los millones de años en que se han realizado las fases de la evolución terrestre, es muy difícil a la humanidad histórica precisar experimentalmente el curso actual de esta evolución, ya que dispone de muy pocos miles de años para tener esta experiencia. Pero se ha dicho que desde la aparición del hombre parece que la evolución de la tierra se ha estancado, que la evolución morfológica del cuerpo humano se ha parado, como si en adelante la evolución se tuviese que realizar no tanto por los mecanismos de la naturaleza cuanto por la actividad creadora del hombre. No parece eso inverosímil, si pensamos que con la entrada del hombre en la escena terrestre, entró en ella su actor más cualificado. Sea lo que fuere de ello, Dios confía al hombre la creación para que la desenvuelva y perfeccione y así las actividades y las invenciones técnicas serán como la prolongación del acto creador de Dios.

Los Padres de la Iglesia, comentando la palabra de Dios «Creemos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (*Gén.*, 1, 26), se han complacido en señalar la vocación demiúrgica del hombre, criatura hecha creadora, a la imagen de Dios Creador.

Dios nos ha dejado en el jardín de la tierra para que lo cultivemos a nuestro gusto y cooperemos en el acabamiento de su obra

divina. Bien podemos aplicarnos en este sentido aquella palabra del Apóstol San Pablo: «Dei adjutores sumus» (1 Cor., 3, 9).

c) *La actividad técnica como dominio del mundo*

El dominio que alcanza el hombre sobre la naturaleza a través de su actividad técnica procede de la voluntad divina, es una participación del hombre en la suprema soberanía de Dios. En las primeras páginas del *Génesis*, el autor sagrado no solamente tolera el sentido de la soberanía del hombre, sino que la alienta positivamente. La orden de dominio y de conquista de la tierra contiene en germen toda la dialéctica del dominio del hombre sobre la creación. La actividad técnica va a asegurar la mediación entre el pensamiento y la materia que ha de someter y sojuzgar. Podríamos decir que el hombre ha recibido el encargo, a través de las generaciones, de continuar la obra de los seis primeros días simbólicos de la creación. Dios, al entrar en el reposo del séptimo día, entrega al hombre una tierra todavía desorganizada e inacabada para que en el séptimo día, que durará hasta el fin del mundo, el hombre soberano acabe la obra de la creación, conduzca el universo a una perfección mayor, haga un cosmos más organizado. La evolución del mundo, delineada por Dios desde el principio, se fue desarrollando durante centenares de millones de años sin la intervención del hombre. Pero una vez aparece el hombre sobre la tierra, la evolución ya no deberá continuar sin la acción humana y sin el esfuerzo del hombre, introducido como pequeño dominador en el mundo.

La tensión y el esfuerzo que ha de ejercer el hombre para asegurar su dominio sobre el mundo y ampliar su esfera tendrán que ser continuos. En toda la trama de la Sagrada Escritura se apela a esta exigencia de actividad del hombre en sus conquistas. Es inútil pensar que toda conquista y dominio va a basarse en su pasividad. A los israelitas se les concede una tierra que mana leche y miel; pero tendrán que conquistarla. David es ungido rey; pero sabemos de sus esfuerzos para tomar posesión de la realeza. El Mesías pertenece al pueblo elegido; pero éste le ha de reconocer. Cristo mereció la salvación del mundo y será rey de todas las naciones; pero habrá que convertirlas.

A través de la técnica el hombre va ejerciendo sobre la materia y sus fuerzas un control apreciable, va dominando cada vez más sectores de materia, alcanza resultados notables en el dominio de las enfermedades, en el retroceso del hambre y de la muerte, va domesticando las fuerzas naturales y utilizándolas para los fines de la vida humana. Gracias a la técnica el hombre se pasea triunfante por el mar en sus navíos y cabalga por el espacio en aviones y as-

tronaves. La técnica aumenta los medios para conocer las reconditeces de la naturaleza, factor importante para iniciar, robustecer y ampliar nuevos dominios sobre la materia. En especial, las técnicas de difusión y de producción son un instrumento eficaz para este conocimiento y dominio.

Al afirmar su soberanía sobre el mundo, el hombre responde, pues, a su vocación providencial. Hace más que ejercer un derecho; responde a un deber. Al ver su dominio, el hombre puede ser inducido a cantar su propia gloria; pero esta gloria del hombre se refiere finalmente a la gloria de Dios. No hay que tener miedo de que el hombre sea demasiado grande. Algunos creen que se tiene necesidad de hacer bajar al hombre para exaltar a Dios. Pero hay que decir que, cuanto más grande aparezca el hombre, más grande todavía nos parece Dios, es Dios quien ha elevado así al hombre. Así a través del hombre soberano, podemos tener una nueva imagen de Dios.

d) *La actividad técnica en sus resultados*

El hombre con su actividad técnica eleva la materia. Es famosa la frase de Pío XI, repetida por Pío XII y Juan XXIII, de que la materia sale de la fábrica ennoblecida. En el producto manufacturado más sencillo encontramos un valor humano, más allá de su utilidad inmediata. Por ejemplo, en el origen de una sencilla mesa, de un ladrillo o de un vaso, encontramos una materia informe, madera, arena, vidrio. Pero el hombre con su espíritu se ha apoderado de esta materia, la ha invadido, la ha transformado. Todo objeto técnico es la cristalización de la inteligencia práctica del hombre, es una materia informada por un principio humano de inteligibilidad y de actividad.

La actividad técnica, eminentemente racional, va a dejar impreso su sello en la naturaleza. Decía hermosamente León XIII que el hombre en aquello en que trabaja deja como impresa la figura de su personalidad. En cierta manera podemos decir que esta invasión del espíritu es una humanización de la materia. Si, como algunos dicen, la evolución se ha detenido, ¿es que en adelante tendrá que producirse en el plano de la humanización y espiritualización del cosmos por la impresión en él de valores humanos y espirituales aportados por la actividad técnica del hombre? No es que el espíritu humano vaya a identificarse ontológicamente con la materia que modela y transforma; pero la racionalidad es inoculada en cierta manera en la materia por el hombre, quien hace el don de sí mismo a la naturaleza, no para aniquilarse y perderse en ella, sino para elevarla a su nivel y a prestarle algunos atributos propios del espíritu.

La materia invadida por el espíritu prolonga y perfecciona el mismo cuerpo del hombre. Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza, y el hombre hace a la materia en cierta manera a su propia imagen y semejanza. No pocos objetos parecen órganos humanos estilizados: manos que son tenazas o pinzas; brazos que son palancas. Espontáneamente se proyectan sobre las máquinas perfiles humanos. El cerebro es, sin duda, nuestro órgano más complicado; pues bien, a las máquinas modernas capaces de hacer operaciones complicadísimas se ha dado en llamarlas «cerebros electrónicos».

El hombre prolonga en el universo su pensamiento, su amor y su persona. Halla en la naturaleza los medios necesarios para expresar las invenciones más prodigiosas de su ingenio y de las ansias de su corazón. Dios ha puesto en manos del hombre una materia informe dispuesta a todas las transformaciones y espera con paciencia que el hombre la modele y la domestique. Gran parte de la superficie terrestre la vemos modificada por el hombre. Dentro de los hogares, fábricas, comercios y oficinas encontramos innumerables objetos técnicos ideados y fabricados por el hombre.

Por la inoculación de las cualidades espirituales humanas de los seres materiales, éstos son conducidos a una perfección mayor, se hacen poco a poco semejantes a Dios por esta donación que han recibido de la espiritualidad del hombre.

Las obras técnicas realizadas por el hombre en nada disminuyen la soberanía divina sobre ellas. La naturaleza es obra de Dios. El hombre es obra de Dios; Dios es el supremo dueño de la inteligencia y de las facultades operativas del hombre y, por tanto, también de las actividades técnicas del hombre, que son potencialidades que ha depositado en el hombre. Por eso los valores que el ejercicio de estas actividades imprime en la naturaleza o en los objetos materiales dependerán también, como prolongación de la actividad operativa del hombre, de la soberanía de Dios. Por tanto, tan criatura de Dios es el lirio de los campos o el cedro del Líbano como el aparato de televisión. La propiedad absoluta de Dios se extiende no solamente a la naturaleza desnuda, sino también a la naturaleza adornada o modificada por el hombre.

El hombre depende de Dios como de su causa primera. La máquina, el aparato construido por el hombre depende de él en el plano de la actividad segunda. A lo mejor, a un observador superficial le puede parecer más prodigiosa la obra de la causa segunda que la obra de la causa primera; por ejemplo, le puede parecer una mayor maravilla creadora la transformación de los metales que el acto continuador de la creación que los mantiene en su ser. Pero la lectura de la Sagrada Escritura corrige este estado de espíritu. Los autores inspirados no distinguen entre causa primera y causas segundas. Las últimas se esfuman prácticamente en la sombra ante la

trascendencia, la grandeza, la soberanía, el poder fontal de la Causa primera.

2. LOS DESIGNIOS DE DIOS SOBRE LA TÉCNICA

Sabemos por la razón que todas las obras salidas de la mano de Dios, la naturaleza y el hombre con sus actividades, han sido destinadas a la glorificación divina, y que para el hombre, esta glorificación de Dios en la otra vida se va a identificar con su eterna felicidad. Por la revelación sabemos que esta glorificación se dirige a las tres Personas divinas y que el fin último del hombre es sobrenatural, consistente en la contemplación, amor y goce de la familia divina, vida eterna que se ha de preparar en el estadio temporal por la vida sobrenatural de la gracia en el alma humana. Así, por iniciativa del todo gratuita de Dios, que en cierto modo se añade a la iniciativa divina creadora, el hombre es invitado a alcanzar el verdadero fin de la historia: la vida divina en esta y en la otra vida. Por tanto, todo lo humano, los cuatro valores ontológicos que acabamos de describir en las actividades técnicas del hombre, han de quedar orientados, en el designio divino, a que el hombre responda a esta invitación gratuita de Dios.

Si contemplamos este designio divino a través de la historia de la humanidad, podemos ver cómo se puede integrar el progreso técnico en la providencia divina. El designio divino se manifiesta no solamente en la creación, sino también en la revelación. Y así como integramos los valores ontológicos de la técnica en la creación divina, así los tenemos que integrar en la revelación divina, ya que el mismo Dios es el que crea y el que revela. Todo lo creado queda asumido e incorporado a los designios divinos. Los valores ontológicos descritos son, pues, susceptibles de una divinización, de una incorporación sobrenatural.

Por tanto, no podemos pensar que las investigaciones y los descubrimientos técnicos, la invención, por ejemplo, de la energía atómica, las técnicas biológicas y sociales, hayan de quedar al margen de las influencias de la revelación divina. Esta se refiere a toda la humanidad en el espacio y en el tiempo, sigue siempre al hombre en todas las etapas de su vida terrestre, se posa sobre el primer instante y sobre el último de su vida temporal, afecta a todas las vicisitudes y sucesos de la humanidad. El maravilloso progreso técnico de los últimos tiempos cae dentro de los designios de la revelación divina. Tampoco vamos a separar aquí el orden de la naturaleza del orden de la gracia.

La técnica es hoy un factor dominante en la humanidad; la historia humana se ha sumergido, por decirlo así, en un ambiente saturado de técnica, y en esta situación en que la técnica ocupa un

puesto capital la humanidad ha de glorificar a Dios, ha de vivir una vida sobrenatural y se ha de salvar.

Hasta podemos decir que en cierta manera Dios ha esperado el desarrollo técnico de la humanidad, una humanidad algo madurada por la técnica, para inundarla con los tesoros de la revelación. El punto culminante de la historia de la salvación es la aparición de Dios encarnado. ¿Estaba preparada la humanidad rudimentaria de los tiempos primitivos para recibir adecuadamente el don de Jesucristo? Durante centenares de miles de años, los hombres, sin negar que podían tener muy despierto el sentido moral, estaban enteramente preocupados y estas gravísimas dificultades no iba la humanidad a estar preparada para recibir y guardar fielmente el depósito de la revelación de Jesucristo. Este cometido se tenía que encargarse a una humanidad más evolucionada, no a la humanidad de las grutas, del paleolítico o del neolítico. Gracias al progreso técnico la humanidad se fue haciendo sedentaria con el cultivo agrícola y la ganadería, comenzó a utilizar una escritura, a tener un desarrollo intelectual y una organización social, y todavía tuvieron que pasar cinco mil años desde este estadio para que llegasen los tiempos señalados por la venida de Jesucristo. La humanidad, con sus progresos técnicos, se iba preparando y disponiendo para recibir la revelación que los incorporaría a sus designios.

El progreso técnico desempeña, pues, un papel en la historia de la salvación. No se diga que no hay que mezclar lo profano con la religión. Lo profano queda integrado en la historia religiosa de la humanidad. La historia de Israel, tal como se narra en la Biblia, es una historia profana, pero es también esencialmente una historia religiosa: su orientación y su desenlace es la aparición del Mesías prometido, motor latente del movimiento, de las aspiraciones y de las esperanzas de aquel pueblo. Los sucesos y los valores profanos quedan subordinados a la ejecución de los designios divinos. Los Santos Padres y los Escritores Eclesiásticos dijeron con frecuencia que si la Encarnación se retrasó fue por la conveniencia de tener una humanidad preparada para recibir el mensaje de Jesucristo, y en esta preparación desempeñó su papel el desarrollo del progreso técnico. También afirmaron que los filósofos paganos de Grecia y de Roma y el mismo imperio romano fueron una preparación para la difusión pronta del Evangelio por el mundo civilizado, y en esta difusión no pocas técnicas de los romanos se asumieron y utilizaron.

El plan divino se va realizando teniendo en cuenta cierta situación de la evolución humana en la que hoy tanto participa la técnica. ¿Por qué no podemos incorporar a estos designios divinos el esplendor fulgurante de las técnicas modernas y la humanidad marcada profundamente por el sello de la técnica? Muy bien se puede ver en la actual revolución técnica una etapa de los desig-

nios de Dios sobre el mundo. Dios quiere hacer servir el actual progreso técnico a sus designios de santificación y salvación del hombre. El orden natural perfeccionado por el orden técnico ha de servir, según los designios divinos, para la edificación progresiva del Reino de Dios sobre la tierra.

3. MORAL Y TÉCNICA

La moral es la ciencia de los últimos fines. Estos consisten para el hombre en su perfección moral en esta vida y su salvación eterna en la otra. La técnica tiene que estar subordinada a estos fines. Los valores ontológicos que hemos analizado en las actividades técnicas, eso es, el desarrollo de la personalidad humana, la colaboración con Dios Creador, la participación en la soberanía de Dios, los objetos técnicamente perfeccionados, no son todavía valores morales. Ha de intervenir la libertad del hombre para orientar estos valores al servicio de su perfección moral y de su salvación. Entonces tendrán un valor moral.

La perfección moral y la consiguiente felicidad eterna se alcanzan con el cumplimiento de la ley divina tal como es manifestada por la recta razón y por la revelación. Luego los hombres de tal manera se han de comportar en sus actividades técnicas y en el uso de las invenciones y de los instrumentos técnicos que cumplan siempre en ello la ley de Dios y aprovechen las facilidades y las ocasiones que la técnica les ofrece para el más exacto cumplimiento de las leyes divinas.

No se trata de que en todas las manifestaciones de la técnica los hombres tengan que consultar a la moral. Como en la economía, también en la técnica hay leyes que se realizan independientemente de la libertad humana. La moral acepta estas leyes porque están arraigadas en la misma naturaleza. Pero también se dan tendencias derivadas de la misma naturaleza de la técnica y de las actividades técnicas que no son leyes estrictamente naturales, fatales y necesarias; el libre albedrío las puede contrarrestar, estimular o encauzar para que sirvan a sus últimos fines.

La técnica tiene sus propias reglas y sus propias normas, pero en el orden humano completo, no es la técnica lo que dice al hombre cómo se ha de portar, sino la moral. Si uno no se contenta con ser técnico, sino que también quiere ser hombre, ha de obrar conforme a la moral. Por encima del técnico está el hombre, y la cualidad de técnico ha de estar absorbida por la cualidad humana completa. El *homo sapiens* es el hombre que en todo busca su perfección moral. Si el técnico queda enteramente bloqueado en su actividad por su condición de técnico al margen de la moral, podrá ser un magnífico *homo faber*, pero no será un *homo sapiens*. En cam-

bio, un labrador, un montañés que no cuentan más que con sus propias fuerzas para domar la naturaleza, el agua y el bosque, si tienen un alma abierta al sentido del hombre y al sentido moral, podrán tener poco de *homo faber*, pero mucho de *homo sapiens*; habrán creado valores morales, que son infinitamente superiores a los valores puramente técnicos.

Hay que rechazar, pues, enérgicamente la tendencia a concentrar toda la admiración en el *homo faber*, a considerar que el técnico como técnico sea la estatura más elevada del hombre. Hay que respetar la escala de los valores humanos, y en la cima de esta escala se encuentran los valores morales.

Con la inmersión de la técnica en el mundo no se crea que van a alterarse las relaciones morales o que la moral va a cambiar. Por muchas que sean las influencias de la técnica sobre la vida humana, el hombre no cambia; aquellas influencias son algo contingente que dejan al hombre en su sustancia como antes. Es verdad que la moral se ha de esforzar por hacer frente a los nuevos problemas que plantea el desarrollo de las técnicas, problemas a veces complejos y difíciles, sujetos a una evolución extraordinaria. No se puede esperar que el moralista profesional dé una respuesta demasiado rápida a estos problemas. Pero de aquí a decir, como dicen algunos, que la técnica es completamente autónoma respecto de la moral, o que las nuevas técnicas cambian el planteamiento general de la moralidad hay un abismo. Siempre será verdad que la técnica nos une a una innegable y concreta realidad terrena y que la moral nos une no menos con la objetiva realidad divina; es decir, la técnica nos une con lo efímero, la moral con lo necesario y eterno. Está, pues, desprovisto de fundamento decir que ante la incidencia de la técnica en la vida, hasta la moral tiene que cambiar sus grandes principios, cediendo a un relativismo pragmático.

Pero sin caer en un relativismo moral, la moralidad ha de hallar nuevas formas de expresión en los progresos, adaptaciones y aplicaciones de los principios. No es lo mismo la aplicación de la moral a un niño que a un adulto. La sociedad se desarrolla y la aplicación, por ejemplo, de la justicia y de la caridad no puede ser la misma en una sociedad pretécnica que en una sociedad técnicamente evolucionada. Con sus actividades y creaciones técnicas la humanidad y cada uno de sus miembros están en crecimiento; pero este crecimiento cada hombre lo tiene que hacer con rectitud, con fidelidad a la esencia de su vocación.

Muchas son las ventajas y las repercusiones positivas de las técnicas en las diversas zonas de la vida humana individual, familiar y social en los aspectos de la mejora del bienestar material, de la cultura y aun de la moral y de la religión. Todo ello encierra una significación providencial; todo tiene que ser enriquecido a la perfección moral del hombre, al crecimiento de su vida sobrenatural,

a la salvación, a la glorificación divina, a la extensión del Reino de Dios sobre la tierra.

El hombre, al actuar en el campo de la técnica, pretende, como en toda actividad laboral, alcanzar unos fines inmediatos, que podrán ser ganarse el pan para sí y para su familia, afirmar su personalidad, anmentar su bienestar, gozar de más seguridad en la existencia, servir a la sociedad, labrarse un porvenir, obtener una ganancia, ascender en la escala social. Todos estos fines inmediatos pueden y deben ser incorporados al servicio de la vida divina y subordinarse a la obtención del último destino.

En especial, la técnica tiene que ser regida por la virtud de la prudencia, que tiene la misión de imponer a cada técnica, sea directamente, sea por intermediación de otras técnicas, los fines a que las técnicas tienen que ordenar sus sistemas de medios. Las técnicas son, pues, servidoras subordinadas de la prudencia bajo un doble aspecto: porque pertenece a la prudencia prescribirles sus fines y porque pertenece a la prudencia controlar el valor moral de sus medios. El técnico juzga del valor técnico de los medios; pero el hombre ha de juzgar también del valor moral de los medios, y es la prudencia la que hace este juicio. No basta que un medio sea técnicamente bueno relativamente a la obtención de tal o cual fin particular, querido por la prudencia, para que ésta se remita ciegamente a la técnica en el empleo de este medio. En la acción el querer el fin y el querer el medio no constituyen dos acciones separadas, de las cuales una se derivaría de la prudencia y otra de la soberanía absoluta de la técnica. En la acción, el servicio del fin y el empleo del medio hacen un todo. Si la técnica no tiene que conocer más que medios, la prudencia tiene que conocerlo todo: los fines que ella misma propone y los medios que le propone la técnica. Para apreciar el valor moral de una acción global, no hay que aislarla de ninguno de sus elementos, sino considerar su estructura entera: tal fin servido por tal medio¹.

Desgraciadamente son muchos los males y las deficiencias creadas por el progreso técnico en el orden individual, familiar, social, moral y religioso, debido al mal uso que de él han hecho y hacen los hombres. Pero una vez estos efectos son ya hechos consumados que se imponen inexorablemente a la existencia, los hombres los han de hacer servir para su bien espiritual. Los males acarreados por la técnica pueden ser ocasión para la práctica de muchas virtudes. Recordemos que San Agustín a la frase de San Pablo «Iis qui diligunt Deum, omnia cooperantur in bonum», añade «etiam peccata» por supuesto una vez son ya irremediables porque se han cometido.

De lo cual se deriva que la técnica es ambigua o ambivalente:

¹ Cfr. J. VIALATOUX: *Signification humaine du travail*, p. 42 ss.

los hombres la pueden poner al servicio del bien o al servicio del mal, hacerla servir para la perfección moral o para la degradación moral, para la salvación o para la perdición. Aquellos cuatro valores ontológicos que hemos analizado en la actividad técnica no entran automáticamente en el camino de la salvación; el hombre con su libertad los puede degradar en sentido contrario. ¿Es que los hombres han pecado en sus actividades técnicas? Desgraciadamente sí.

4. PECADO Y TÉCNICA

No por los pecados englobados en el mundo técnico hay que optar por maldecir la técnica, ni hay que reprochar a la civilización que sea técnica, ya que ésta es una tarea propia del hombre conforme a los deseos del Creador. Ni hay que decir que la ciencia y la técnica conducen por sí mismas al hombre a la condenación ni que están bajo la soberanía del demonio, príncipe de este mundo. Tampoco hay que decir que las técnicas matan en el hombre al hijo de Dios para hacer de él un esclavo, o una víctima, o un sacerdote de un moloch técnico. Los que creen tales esperpentos de la técnica, añadirían sin duda: los caracteres que la industria y la técnica imprimen al mundo, como el ruido, la pesadez, el fuego, el choque, la vibración, el emhrutecimiento, ¿no son otros atributos que acompañan asiduamente a la técnica como escolta de Satanás? Esta actitud dirá que el hombre no será salvado definitivamente sino cuando la gracia le habrá permitido sacudir la técnica y volver a ser hijo de Dios.

En el extremo opuesto se encuentra una teoría muy moderna y optimista, que integra profundamente la técnica en la religión. La técnica es un aspecto de la evolución y conduce al estado final de concentración del espíritu en Dios, en el omega final, sin otra intervención de Dios, fuera de la creación, en la marcha de los sucesos.

No podemos pronunciarnos por ninguna de estas posiciones extremas, porque las técnicas son utensilios que se pueden utilizar para el bien o para el mal.

El pecado original hizo su presencia en el mundo y sus efectos continúan y continuarán hasta el fin del mundo. Como ha inficionado tantas actividades humanas, podemos pensar cómo inficionará las actividades técnicas y el uso de los instrumentos técnicos, que aumentan el poder de acción del hombre.

El hombre ha recibido de Dios materiales de construcción para la edificación de un mundo mejor, pero de hecho el hombre, influenciado por el pecado original y con la concomitancia de pecados personales, los ha utilizado para edificar torres de Babel y de confusión. Así el intento de dominar el mundo por la técnica es

satanzable, es susceptible de estar animado por el espíritu de Lucifer y de darle cuerpo y expresión. Cuando el hombre llega a tomar la actitud de suficiencia, el universo que los técnicos edifican, en lugar de presentarse con los rasgos de un vestíbulo de la Ciudad de Dios, se presenta como un camino o como una antecámara del infierno; en lugar de ser una preparación del Reino de Dios, mete en gestación el reino de Satanás. Si todo el sitio se concede a una civilización con pecado, no hay lugar para la divinización del hombre. En una tal civilización el dominio del hombre sobre las técnicas podría estar asegurado hasta límites extremos de eficacia, pero ello no impediría que el espíritu satánico y sus satélites quedasen dueños del mundo y de su historia.

La maldición del pecado original no ha modificado la misión de transformar el mundo que el hombre recibió en su origen, ni ha destruído los valores ontológicos de sus actividades técnicas; pero nuevas dificultades y sufrimientos inevitables acompañan al hombre en el cumplimiento de su obra, en sus esfuerzos por satisfacer las necesidades de su vida y por conquistar la tierra.

El pecado fundamental del mundo técnico consiste en convertir a la técnica, que tendría que ser una humilde sirvienta de los fines morales del hombre, en dueña y reina. Se asiste a una subversión de valores: los valores-medios se erigen en valores-fines. Se reduce la prudencia a la técnica y se olvida la prudencia para beneficio de la tecnocracia absoluta, aberración fundamental de una civilización materialista. Hay una estrecha correspondencia entre el error que quiere colocar toda la práctica bajo el signo de la técnica y el error que quiere colocar todo el conocimiento bajo el signo de la física. La técnica llama a la técnica y la eficacia a la eficacia; y la eficacia por lo que toca a la esencia de la vida humana disminuye más bien que aumenta bajo la influencia de la técnica.

La técnica, con las desviaciones pecaminosas del espíritu humano, en vez de aportar una nueva luz sobre los fines, hipnotiza al hombre sobre los medios y le hace olvidar el sentido más profundo de su existencia. Parece como que la eliminación de los secretos del mundo natural haya modificado la posición del hombre ante la sustancia sobrenatural. Tales descubrimientos han dejado intacta la libertad, pero ésta lanza al hombre hacia el materialismo técnico, que es una puerta abierta sobre el vacío. Hoy los medios de perversión son más masivos que antes porque los medios disponibles se han multiplicado formidablemente y se condicionan los unos a los otros.

La técnica tiende a engendrar una mística de liberación. Buena es ésta, con tal que no desconozca otras exigencias de liberación más fundamentales: liberación de las presiones del pecado. Si se busca solamente la técnica, como es incompleta y ambigua, puede conducir a servidumbres mucho más graves de las que libera. Ejemplos:

las armas destructivas, las propagandas, la fascinación de las masas por el cine y la televisión.

Nuestra época es técnica y materialista y el peligro que amenaza a todos consiste en no superar lo que se llama la realidad, lo que se ve y lo que se mide, lo que condiciona y rodea la vida, en no tener más fe que en la eficacia de la ciencia, de la técnica y del progreso.

Y cuando un poder de la tierra, en nombre de una ideología, sujeta la obra de Dios a su orgullo y a su voluntad de dominio, cuando quiere tomar el sitio de Dios, todos sus descubrimientos, todas sus conquistas e invenciones técnicas se convierten en otras tantas divinizaciónes, que exigen una sumisión sin reserva del cuerpo, del corazón y del espíritu, hasta el punto que nadie tiene ya el derecho de vivir, de trabajar, de hablar, de enseñar, de pensar, si no adora los dioses nuevos, infalibles y todopoderosos. Con motivo del envío del cohete ruso a la luna, dice Maurice Thorez en unas declaraciones a la *Pravda*: «Marx decía de los comunistas de París que subían al asalto del cielo. Lo que entonces no era más que un símbolo, ahora se ha convertido en una realidad para la Comuna triunfante de la Unión Soviética». Los cielos ya no son el dominio prohibido que se habría reservado un poder divino. El hombre se eleva por encima de los cielos sin encontrar a nadie. Los constructores de la torre de Babel tenían el mismo lenguaje: «¡Ea! Construyamos una ciudad y una torre cuya cima penetre los cielos» (*Gen.*, 11, 4).

De resultados del pecado original la tierra produce al hombre abrojos y espinos. El hombre es invitado a esforzarse por arrancar el espino y sembrar el trigo. Pero, ante la risotada del infierno, riega con frecuencia el espino y arranca el trigo. El hombre llama progreso a este procedimiento de cultivo. Los productos magníficos de este progreso son los obuses, los autos homicidas, los aviones incendiarios, los gases asfixiantes, las bacterias bélicas, los productos químicos destructores, las bombas atómicas, las rápidas informaciones sobre todos los desastres del globo, un poder destructivo sin límites. El mundo técnico suscitado por el hombre parece en muchos aspectos escapar a su control y revolverse contra el mismo hombre por los refinamientos pecaminosos de la cultura.

El progreso de la técnica es fuente de copiosas tentaciones en que muchos caen: egoísmos formidables, goces prohibidos, sed de dominación, acaparamientos injustos de riquezas, despliegue de las fuerzas del mal. El mismo avance de las técnicas psicológicas se pone al servicio de la perversión profunda de la personalidad humana. Estos abusos y pecados tienden a sobrepasar las personas y a inscribirse en las instituciones. Se da una violación técnica de la persona humana por un régimen concentracionario, por métodos políticos abusivos, por una organización tiránica del trabajo, por una estructura social para provecho de privilegiados.

En resumen, el mal trabaja en el mundo y tiende a pervertir todas las obras humanas, en especial las técnicas. Habrá sufrimientos debidos a la inexperiencia, pero el pecado contribuye a aumentar los sufrimientos causados por el progreso técnico. El egoísmo, el orgullo, la sed de dinero han pervertido las más maravillosas invenciones. El espíritu técnico ha creado el espíritu racionalista y positivista, ha envilecido y deshumanizado el arte y la literatura, ha envilecido al mismo hombre, que se convierte en objeto cuando para él ya no hay perspectivas eternas. No es mala y pecadora la técnica. El hombre es el pecador; es él el que emplea el aumento de poder que le comunica la técnica para multiplicar las posibilidades de hacer el mal.

5. CRISTOLOGÍA Y TÉCNICA

a) Encarnación y técnica

El designio creador queda inundado de claridades más dulces gracias a la luz depositada sobre el mundo material por la Encarnación. La materia aparece como la obra de un Dios amante que la utiliza para que aparezca en ella la «humanidad y benignidad de nuestro Dios (*Tit.*, 3, 4). El Verbo hace suya la materia, se mueve en ella, de ella se alimenta, la sacrifica y la transfigura, la desposa eternamente y eternamente la glorifica. La creación material queda irradiada con la claridad de Dios que imprime su Divinidad en la banalidad de las cosas terrestres.

Y ¡cómo habla Cristo de la naturaleza! Los profundos secretos de la materia y de la vida que han sido descubiertos por la ciencia moderna, los que están por descubrir y los que se descubrirán hasta el fin del mundo, Jesucristo los penetraba hasta en su esencia más íntima, porque nada escapaba a la sabiduría del Hijo de Dios. El sabía el secreto del agua cambiada en vino, de la multiplicación maravillosa de los panes y de los peces, del dominio de los mares, vientos y tempestades, del dominio de la fuerza de gravedad cuando andaba sobre las aguas. Sabía el secreto de la más profunda fisiología del cuerpo humano cuando curaba las enfermedades. Sabía la esencia íntima de la unión enigmática del cuerpo y del alma cuando después de la muerte los supo unir otra vez.

Para el pagano de todos los tiempos el universo es el enigma inexplicable en que un día cada uno se despierta a la existencia por el juego de coincidencias inexplicables. Pero, gracias a la Encarnación, el mundo se nos hace amable y fraternal. La materia es nuestra amiga porque es el instrumento de un porvenir sobrenatural y de bienaventuranza, es el terreno donde sale a nuestro encuentro el amor de Dios. El universo es una obra grande y hermosa, asiento de

la caridad divina en la Encarnación. La materia se ha hecho cuna de Dios y servidora de la misericordia divina. La dignidad humana queda engrandecida, porque Cristo asumió la materia a través de ella.

El designio eterno de la Encarnación ha ordenado todas las cosas y todos los hombres a Cristo. La sustancia misma de los seres es afectada, refundida y metamorfoseada de alguna manera. La materia ya no es solamente un haz de fuerzas impersonales, sino que la materia y los seres vivos están dominados por Cristo y su actividad es armonizada en cada parte del mundo por Cristo que tenía que venir, que ha venido, que vendrá.

El Padre lo ha entregado todo a Cristo, *Rex universorum*. Si, como anuncia San Pablo, un día todas las cosas, cielos y tierra, serán recapituladas en Cristo (*Ef.*, 1, 9-11), es porque la tierra y los cielos, la materia y la vida, llevan en su estructura la referencia imperecedera al Verbo Encarnado. La repercusión secular de la Encarnación sobre la ontología de la materia es un hecho atestiguado por el pensamiento cristiano. El mundo ha quedado consagrado radicalmente por la Encarnación. Cristo es el único consagrador del mundo. La Encarnación reconcilia al mundo con el Padre y consagra las auténticas realidades terrestres que hace suyas para siempre. Santifica en sí a todos los hombres y a todo el universo material. Cristo es el único mediador, y para llegar a Dios, todo ha de pasar por El (*1 Tim.*, 2, 5).

Cristo aparece como el motor principal de la historia, que encuentra en El su origen, sus caracteres y su acabamiento. Es verdad que en la apariencia la historia la hacen los pueblos con sus civilizaciones, instituciones, guerras, éxitos y fracasos; pero la historia real es la que anima Jesucristo con su designio de santificar las almas y prepararlas para el reino de los cielos.

En estas perspectivas se ven las relaciones de la técnica con la Encarnación. La técnica está sumergida en la materia; los resultados técnicos cristalizan en combinaciones de materia y energía. Por eso en la técnica vibran las influencias de Cristo. Las actividades técnicas quedan empujadas en el torrente cristológico de la historia. Además el mismo Jesucristo santificó personalmente estas actividades y las hizo instrumento de santificación del mundo y de glorificación de Dios. En su trabajo cotidiano del taller de Nazaret empleó las técnicas de su tiempo y hubiera podido emplear, si hubiera querido, las técnicas más avanzadas de nuestro tiempo y del porvenir. En adelante ya no será simplemente un *homo faber* el que humanice la materia; será el *homo christianus* el que va a divinizar de alguna manera la materia, desde que el *Homo Christus* ha sido *Christus fabri filius*.

La técnica en el fondo no es más que una humanización de la naturaleza, una unión artificiosa de la materia con el hombre. Di-

ríamos en lenguaje escolástico que la materia recibe su determinación y su realización completa de parte de la forma. Ahora bien, la forma no es un hombre cualquiera, sino el *Homo Christus*, el que domina, invade, transforma y hace semejante a sí mismo la naturaleza. Su unión misteriosa con la humanidad transforma, eleva, sobrenaturaliza el orden humano en el que se integra el orden técnico.

La técnica y la industria hay que verlas también bajo el ángulo de la recapitulación de todas las cosas en Cristo. La doctrina del Cuerpo Místico nos enseña algo nuevo y maravilloso sobre el trabajo, la técnica, la industria. Una nueva dignidad y una nueva realidad profunda resplandecen en estas cosas.

La renovación del hombre por Cristo entraña la renovación de toda la creación. Los esfuerzos de las técnicas en la explotación del mundo entran en estas perspectivas; han de contribuir a la obra de Cristo en el mundo, al advenimiento del Reino de Cristo; han de posarse como trofeo a los pies de Cristo.

La civilización en adelante tiene que ser ya cristiana, y en ella han de quedar encuadradas las actividades técnicas y los instrumentos técnicos. Por ejemplo, los ferrocarriles, los autobuses o los aviones que llevan a muchedumbres cristianas a los santuarios o a las grandes reuniones religiosas son ya una materialización de la gracia de fervor y de conversión que Dios por mediación de Jesucristo va largamente a conceder.

Más aún, independientemente de la orientación cristocéntrica de la técnica por la acción cristiana, la técnica realiza ya un esbozo material y lejano de la obra de unidad que Cristo vino a realizar. Porque Cristo es la Verdad, toda verdad lleva en sí un reflejo divino; y puesto que Cristo vino a reunir todas las cosas en sí para remitirlas a Dios, todo lo que unifica, todo lo que junta es ya un reflejo, un instrumento de mediación. Ahora bien, la técnica por no pocos medios realiza incontestablemente una unificación del mundo, y así es señal de la obra de unificación de Cristo.

b) *Redención y técnica*

Desgraciadamente, como hemos indicado, los hombres por medio de la técnica han multiplicado el pecado en el mundo. La técnica forma parte de la tragedia humana participando en injusticias y en crímenes. Las técnicas, al forzar los secretos de la naturaleza, han tomado una actitud agresiva contra el Creador.

Pero todos los valores humanos espirituales y materiales y, por tanto, los técnicos, alcanzados por el pecado han sido salvados y redimidos por Cristo. Cristo, en su misión redentora, no desespera del hombre moderno y de la técnica, sino que trabaja por regene-

rarla y convertirla. El mundo es el universo parcialmente dominado por el poder maligno del que Cristo quiere arrancar a sus discípulos. Las fuerzas espirituales de redención están en acción para enderezar perpetuamente la inspiración de la humanidad creadora de lo temporal y del mundo técnico.

Dice Paul Bourgy:

«Hay que considerar el progreso técnico a la luz del misterio pascual, misterio de muerte y de resurrección. Puesto que lleva fruto de eternidad porque se inscribe armoniosamente en el desarrollo total de la Historia humana, la actividad técnica también debe pasar por la muerte y por la resurrección. Ha de ser rescatada, salvada bajo pena de degradarse en el pecado. Ha de aceptar la renuncia de sí misma, a no erigirse más en un falso absoluto para abrirse a perspectivas más altas. Las desilusiones y el escepticismo de tantos buenos espíritus respecto de la técnica en su valor auténtico de progreso, ¿no provienen de que se ha hecho de ella, demasiado a menudo, la regla suprema de la vida y que se ha exigido de ella promesas que no podían mantener? La victoria sobre el mal y la felicidad del hombre no tienen su fuente profunda en el progreso técnico. La esperanza comunista de un paraíso terrestre administrado por el esfuerzo del hombre aparece muy ligera a quien ha escrutado la profundidad del mal que está en el corazón y que ninguna técnica podrá suprimir. Las obras del hombre han de ser rescatadas por el sacrificio de Dios para ser purificadas de sus impurezas y llevar todos sus frutos. Es decir, las técnicas sólo servirán plenamente al bien real de toda la humanidad, si los técnicos aceptan, hasta en sus dominios propios, la redención que les ha sido adquirida por Cristo.»²

El esfuerzo humano técnico, querido por Dios, crea nuevas posibilidades para la difusión del Evangelio y esboza la conjunción de todas las cosas en Cristo; pero ha de ser rescatada por la cruz. En este esfuerzo técnico hay que negar el orgullo, la ambición, la riqueza egoísta, la crueldad y hay que introducir el homenaje a Dios y la colaboración con la obra redentora de Cristo. Así el esfuerzo técnico, redimido por Cristo, puede volver a ser compañero de alegrías y a ejercer su noble función de prolongación del poder del hombre. Toda la vida interior ha sido redimida por Cristo y el hombre ha de consentir y colaborar en esta redención con su aceptación libre y una ascesis constante.

Con el pecado se ha introducido el sufrimiento en las actividades humana, y, por tanto, también en las técnicas, como asimismo causan sufrimientos los instrumentos técnicos creados por el hombre. Cristo en su actividad también estuvo sujeto al sufrimiento y

² *Les chrétiens face aux techniques*, p. 41.

con éste nos redimió. Por eso los hombres unirán su esfuerzo técnico con la cruz de Cristo, y con su sufrimiento completarán lo que falta a la redención y al perfeccionamiento del Cuerpo Místico de Cristo (*Col.*, 1, 24). El sufrimiento producido por la técnica se convierte así en fuente de vida.

c) *Sacramentos y técnica*

Desde la venida de Jesucristo todo lo sagrado gravitará alrededor de su Cuerpo. Las alianzas anteriores a Cristo serán realizadas en la nueva alianza y los ritos serán ritos del solo misterio de la Pasión y Resurrección.

No es ajena la técnica, sumergida como está en la materia, a los sacramentos, en los que precisamente, por voluntad de Jesucristo, la materia vibra con causalidades de vida sobrenatural. Los sacramentos son la más maravillosa asunción de la materia, los instrumentos más eficaces de la vida verdadera. Los sacramentos realizan, cada uno a su manera, una sublimación de la materia: el agua del bautismo, el aceite del bautismo, de la confirmación, del orden, del sacramento de los enfermos, los cuerpos de los esposos en el matrimonio, sobre todo el pan y el vino en los que se establece la presencia viviente de Cristo entre nosotros, son otras tantas materias asumidas, consagradas y transformadas en materias vivientes y vivificantes. Se tienen elementos sensibles que son símbolos de efusión real de la gracia. Las energías materiales experimentan estremecimientos y pulsaciones divinas. La redención de la materia se prolonga por los sacramentos. La materia queda santificada y espiritualizada, y por ella, la técnica que la modela.

Si acaso llegásemos a desconocer la simpatía respetuosa debida al suelo, a los paisajes y a las sustancias materiales, la existencia de los sacramentos nos recordaría la nobleza de una materia que Dios no juzga demasiado baja para servirse de ella como de instrumento para su acción. Los sacramentos son, a las claridades de la Encarnación, el testimonio permanente del valor de las simples cosas terrestres. La materia se convierte en el Verbo y por Cristo quedan pacificadas todas las cosas. Nuestras relaciones con lo sensible dejan a estas altura de ser un peligro. Ya no tenemos por qué reñir con el mundo que nos rodea.

Cristo ha consagrado el mundo, sobre todo en la Eucaristía, el mayor de los sacramentos donde la materia se muestra oculta y sostiene la Presencia de Jesucristo, y en la Santa Misa donde aquélla se elabora. En la Misa se va realizando lo que completa al sacrificio de Cristo. El universo entero es figurado en el pan y en el vino, y a través de estos alimentos sensibles todo el mundo queda consagrado y ofrecido al Eterno Padre para su gloria, para nuestra

vida sobrenatural y para nuestra salvación. Todo el universo es santificado en la Hostia que se remonta hacia Dios. Los frutos del trabajo y de la técnica reciben una mirada de amor y de bendición, y el hombre es alentado y llenado de esperanzas y promesas.

Esta consagración y ofrecimiento del cosmos lo ha de realizar también el hombre, es inseparable de él, de su vida, de sus empresas, de sus esfuerzos, y se extiende al universo entero y no sólo a los templos, a las medallas y a los centros de peregrinación. Esta consagración no ha de hacerse por una yuxtaposición de objetos sagrados, sino por el misterio de Cristo eucarístico sacrificado en nuestros altares. Jesucristo en la Misa presenta el universo al Padre, y la oblación del mundo, conducido y explotado por el hombre, se opera también en esta forma litúrgica instituida por Jesucristo. La Eucaristía, pues, misterio central del culto cristiano, no puede dejar de confrontarse y relacionarse con el trabajo y la técnica.

Los que ejercen una actividad técnica encuentran en la Eucaristía el Tipo perfecto de que tienen necesidad para justificar su existencia y su acción, de una transformación que ennoblezca a la materia. Tanto del sílex de las edades prehistóricas como del cerebro electrónico y del ciclotón de hoy se tiene un modelo eminente en la transubstanciación eucarística, que en un plano más profundo y más radical hace pasar el Cuerpo y la Sangre de Cristo a la materia profana³.

La técnica es la obra del hombre, y la edad técnica, que es una edad artificial, por eliminar definitivamente algunas formas de magia referidas a la naturaleza, plantea más puramente el problema de la vida según Cristo. La naturaleza, a través de la técnica, es humanizada y así el hombre la puede consagrar mejor. La técnica, siendo la obra del hombre, y de alguna manera el hombre mismo, se ha de referir a Cristo inmolado y viviente en la Iglesia, para recibir de El su salvación, su redención y su consagración. Los hombres han de ofrecer en el altar sus trabajos y sus esfuerzos técnicos.

No es que la santificación de la obra humana técnica resulte de una simple oblación eucarística. En la mezcla del vino y del agua se ofrenda el esfuerzo técnico con un acto de fe en la existencia trascendente de Aquel que tantos hombres de hoy dedicados a la técnica se niegan a reconocer. Así, gracias a una tal ofrenda de la técnica de parte de hombres que viven su vida de cristianos, en oposición a una técnica solidaria del ateísmo, la mesa del altar del siglo XX es un reconocimiento más explícito y fiel del Dios vivo. En el reconocimiento eucarístico, en antítesis con la mentira de la época, se realiza un acto de verdad: Dios existe, y la acción de gra-

³ Cf. EMILE RIDEAU, *Technique et Eucharistie*: «Lumen Vitae», octubre-diciembre 1958, p. 690.

cias se une al Amor eterno. Los hombres todo lo deben a Dios, todo lo creado ha de volver a Dios, y a través de la Misa se realiza este retorno.

La Eucaristía es un misterio de anticipación, pues anuncia o deja esperar un éxito del plan de Dios, un éxito colectivo de la humanidad. La técnica, si se une con el ateísmo, fruto del orgullo, no puede prometerse tal victoria, sino la ruina y la catástrofe. Pero si la técnica renuncia al orgullo y se abre a la gracia, todo puede cambiar. Ahora bien, en la Eucaristía se aprende la sumisión y la humildad, pues ¿qué obediencia más humilde y sumisa que la de Cristo que se acomoda a la palabra del sacerdote para descender, en esplendores ocultos de su divinidad, a la banalidad de un alimento tan elemental como el pan y de una bebida como el vino?

La comunión eucarística anuncia la reunión de todos los hombres, por encima de divisiones y fronteras, en una fraternidad universal. La universalidad de las técnicas es también un anuncio de esta comunión mundial. La ofrenda del trabajo en equipo, exigido hoy muchas veces por la técnica, refuerza estos lazos de comunión, amistad y solidaridad.

Los que ejercen actividades técnicas, al unirse con el sacrificio eucarístico, aportarán su propia materia que consagrar: su ser, sus acciones, sus obras, su actitud interior y exterior, sus intervenciones en el universo que les rodea, sus esfuerzos técnicos. ¿Aportarán para su consagración una obra técnica mal hecha? Cristo quiere que se use una materia auténtica: pan auténtico, vino auténtico. Por eso no se puede imaginar que los seguidores de Cristo no procuren progresar en valores técnicos para aportar al ofertorio un trabajo más perfecto y más digno del Padre y más útil para los otros. Aportarán, juntamente con la adoración de Dios, una interpretación del mundo, un esfuerzo por crear algo nuevo, una invención, una confianza en los recursos de la razón o en la iniciativa de la inteligencia; una oración que a lo mejor más que petición de socorro será un llamamiento al sostén interior, cuando, por ejemplo, en vez de pedir a Dios la lluvia, pedirán que ellos mismos acierten a provocar la lluvia. Podrá aportarse como materia que consagrar una obediencia o una paciencia profesional, un espíritu de mortificación, de recogimiento, la aceptación de una enfermedad o de la muerte. Como materia se ofrecerá la misma liberación de las penas lograda por la técnica, como la reducción de las enfermedades, de las distancias, de las pesadas condiciones de trabajo, las mismas comodidades creadas por la técnica.

Así en estas perspectivas eucarísticas la técnica se salva y queda purificada del pecado radical que hoy tantas veces la pervierte. La técnica, rescatada y convertida en el hombre, su autor, y en las ins-

tituciones, recobra todo su valor. La conquista del mundo de la técnica, purificada del orgullo, no hace ya concurrencia a la vida religiosa, y se convierte en una infraestructura del progreso espiritual del hombre, del ocio y de la contemplación, de la búsqueda de lo absoluto. La técnica, a través de la Eucaristía, queda invitada una vez más a ordenarse a fines superiores. De esta manera la epopeya técnica moderna puede quedar alentada por los soplos del espíritu.

d) *Liturgia y técnica*

También la liturgia, como complemento y ropaje de la sacramentalidad, está llena de la exultante promoción de la materia: el humilde cirio de la Misa; el cirio y el fuego de la noche pascual; los cirios del Oficio de Tinieblas y junto al cadáver en la Misa funeral; los carbones y el incienso de la liturgia solemne; el cáliz y la patena; los ornamentos sagrados; el agua de purificación de los dedos; el tabernáculo y el altar; la iglesia y el cementerio.

La Iglesia muestra su interés por los inventos y las técnicas. Heredera del pensamiento de Cristo, ha instituido en el correr de los siglos ritos semejantes a los ritos de los sacramentos que denomina sacramentales a fin de poder transmitir a cualquier novedad algo de la consagración que santifica a la humanidad entera, a fin de unirlos a Dios por el ministerio sacerdotal de su mediación universal.

En el Ritual se concede la bendición a todos los objetos profanos: a los campos y a las mieses; a las casas y a los alimentos; al avión y al automóvil; a la sal y a los vestidos. Cada nueva edición del Ritual Romano contiene nuevas oraciones al seguir la Iglesia paso a paso los inventos humanos para integrarlos en el mundo cristiano y ordenarlos a Dios. Permanece así de alguna manera una concepción sacral de las cosas y un destello de la inmensa reconciliación de toda materia con el hombre unido a Cristo.

En estas concepciones de la liturgia las actividades técnicas, deseadas de verificar la unión de lo temporal con lo teologal, experimentan una emoción y abrigan el sentimiento de un cristianismo profundamente insertado en la historia. Ya se ve cuán lejos se está de que la técnica, como tal, sea un obstáculo al culto o a una vida de adoración.

La técnica puede y debe entrar al servicio de la liturgia. Cuanto mayores sean las posibilidades de la técnica, más se pueden dejar guiar en su estructura por el espíritu y las finalidades internas de la liturgia. Las técnicas modernas están llamadas a ayudar la liturgia. Los materiales más recientes se ponen al servicio de las concepciones arquitecturales atrevidas para la construcción de nuevos edificios religiosos. En el interior de los templos se instalan procedimientos actuales de iluminación y difusión de la luz; con ello las

ceremonias tradicionales se hacen más sensibles a los participantes. Gracias a las técnicas, las ediciones de misales se adaptan mejor a la cultura actual.

La liturgia, por su parte, en su esfuerzo de renovación, todo lo ha de hacer para atraer a los hombres penetrados de la técnica moderna, para que todo en ella, el templo, el lugar y la forma del culto, la predicación de la palabra, la explicación del profundo sentido de los sagrados misterios como señales de la comunidad y de la unidad del pueblo, sean no solamente de utilidad, sino también la expresión de realidades sagradas e invitación a la adoración.

6. ESCATOLOGÍA Y TÉCNICA

a) *Cristología y Escatología*

Según la revelación, no se puede separar la creación de la escatología; son dos estadios de un mismo movimiento: el momento de la partida y el momento de la llegada. La creación, con el desarrollo que la obra de los hombres efectúa, no alcanza su pleno sentido sino con referencia al término que Dios le ha señalado. Asimismo el primer advenimiento de Jesucristo no alcanza todo su sentido sino en la segunda venida al fin de los tiempos.

Toda la historia del mundo está orientada al retorno de la Cabeza del Universo. Cristo consumará entonces su Realeza; reinará plenamente por toda la eternidad sobre el mundo de las almas como sobre el mundo de la materia. Cristo se encuentra en el comienzo y en el fin de los tiempos, en la primera y en la última era de la historia del universo: es el Alfa y el Omega (*Apoc.*, 1, 8). Todo ha sido hecho por El y para El. Sólo por Cristo podrá realizarse el perfeccionamiento del cosmos hasta la eliminación y exclusión de toda tara y bache, hasta la transformación de los primitivos cielos y de la tierra primitiva.

Cristo, Jefe del Universo, no manifiesta hasta ahora su realeza dominando, utilizando y transformando el mundo. Esa tarea la ha encargado al hombre, lugarteniente de Cristo en el dominio exterior del mundo. No ha querido mostrar habitualmente sus poderes y se ha portado como el común de los mortales, fuera de una manera fugitiva y limitada en sus milagros. Pero al fin de los tiempos volverá a tomar un poder que siempre ha sido suyo. Volverá en la mañana del octavo día, el día de la Parusia, a volver a tomar en sus manos la tierra vieja que los hombres habrán trabajado durante los milenios de la historia. Gracias a un supremo golpe misterioso que cambiará su figura, hará de la tierra en la hora de la escatología la tienda de su amor eterno con los hombres donde se consumarán las bodas definitivas del Verbo encarnado y de la humanidad resucitada (*Apoc.*, 19, 7; 21, 3).

Dice Tertuliano que Dios, al plasmar al primer hombre, pensaba en el hombre perfecto, Cristo, y en Cristo total, razón de la Encarnación del Hijo de Dios, los miembros de su Cuerpo Místico con su plenitud del fin de los tiempos. Todo en el mundo es parte de este suceso, todo ha de servir para esta exaltación. La victoria final de Cristo y la ascensión de los cuerpos resucitados entran ciertamente en el plan divino. El universo material participará de la gloria del Señor y la tierra ya no lanzará más gemidos. Se tendrá la liberación apoteósica del cosmos y la recompensa de todos los esfuerzos humanos. La dispersión de los elementos, el desorden y el caos serán reabsorbidos en la unidad y en la armonía, conforme al plan primitivo de la Sabiduría divina.

Por desarrollo que impriman al mundo la técnica y las invenciones, en todo este esfuerzo radica una imperfección latente. El cosmos no será perfectamente una imagen de Dios y plenamente glorificado, sino cuando al fin de los tiempos sea renovado y quede sometido absolutamente a los espíritus y a los elegidos. Tendremos así una «materia espiritualizada» (1 Cor., 15, 44), una materia impregnada de la virtud espiritualizante de Dios, una materia que permaneciendo auténtica materia esté informada hasta tal punto por el espíritu que se pueda llamar espiritual.

La inteligencia del misterio eucarístico implica una tal perspectiva, pues es la presencia y la acción concreta de Jesucristo resucitado, primogénito entre los muertos. Se tiene en la Eucaristía la sublimación de la materia; y lo que ha pasado para beneficio de la Carne del Señor, puede ser universalizado por la gracia de Dios. La Hostia es ya prenda del nuevo cielo y de la nueva tierra (Apoc., 21, 1).

En el mismo Cuerpo de Cristo resucitado también se ha manifestado ya parcialmente esa nueva manera de ser de la materia. La materia ha perdido su pesantez e impenetrabilidad. Está perfectamente sometida a la voluntad, al espíritu, completamente iluminada por él. De estas cualidades participarán los cuerpos humanos resucitados por Cristo. Y a estos cuerpos espiritualizados corresponderá después de la resurrección un mundo material a su vez espiritualizado. Si no, la creación quedaría sometida a una desarmonía intolerable.

b) *Interpretaciones escatológicas*

Dos son fundamentalmente las interpretaciones dadas sobre la situación de los elegidos y la significación de la tierra nueva.

Algunos estiman que los elegidos desarrollarán una vida estática, que deducen de los fenómenos místicos que contemplan en la tierra. Para ellos cualquier actividad de los elegidos carece de

sentido, así como carece de sentido la transfiguración del cosmos. Atraídos por la trascendencia de las realidades sobrenaturales últimas no conceden a las realidades temporales más que un valor de etapa del que hay que desprenderse lo más pronto posible por el espíritu y la gracia. Según ellos, la «Palabra de Dios en Cristo», que se hace oír a los hombres de buena voluntad, les sugiere que el devenir cósmico es perecedero, por lo cual hay que apartarse de este mundo y escapar lo más pronto posible a su promiscuidad por la renuncia y la oración antes de hacerlo por la muerte.

Por lo que toca al mundo, opinan que éste quedará abrasado y destruído y permanecerá solamente la actividad celestial, puramente espiritual. Se piensa que el fin del mundo consistirá en su aniquilamiento. Se tiene una concepción catastrófica del mundo. Lo nuevo significa una total renovación en la que nada subsistirá de lo que existía en el pasado. «He aquí que hago el universo nuevo» (*Apoc.*, 21, 5).

En contraste con la interpretación de la vida estática de los elegidos, otros admiten cierta actividad «corporal» de los elegidos. Tomán como punto de partida el ejemplo de Cristo cuando vivía en la tierra; en el Tabor aparece como el Hijo muy amado, pero también como el *filius fabri*; y no juzgan imposible que los bienaventurados, a la vez que vivan la vida trinitaria, puedan desarrollar también fácil y simultáneamente su humanidad gloriosa de una manera inefable en un cosmos renovado gracias a todas las posibilidades de acción terreno que ofrecerán los cuerpos espiritualizados, ágiles, sutiles y poderosos. ¿Por qué no ha de poder realizar los elegidos en el cosmos las transformaciones más maravillosas alcanzando su desarrollo supremo?

Para los que así opinan, la aniquilación del mundo no se acompaña con la resurrección de la carne, la misma materia se considera como el soporte de la visión beatífica. San Pablo, al hablar de cuerpos espirituales, indica que la materia supera la muerte o que cambia de estado al mismo tiempo que perdura. Santo Tomás dice que el ojo de la carne contemplará la divinidad en sus efectos corporales, sobre todo en la carne de Cristo, luego en el cuerpo de los bienaventurados y, por fin, en todos los demás cuerpos.

Es verdad que, como dice San Pablo, la figura de este mundo pasará (*1 Cor.*, 7, 31); pero quiere decir que los hombres no se tienen que pegar a él como si hubiera de durar eternamente. Como enseña el mismo San Pablo (*Rom* 8, 19-22), también este mundo participa de alguna manera en su misma sustancia en la resurrección de los hijos de Dios. El Pseudo-Agustín así comenta: «Entendemos que el cielo y la tierra no quedarán destruídos por el fuego, sino cambiados en mejor y que pasará la figura de este mundo, es decir, su imagen, pero no la sustancia». El optimismo aparece también en otra frase de San Pablo (*Rom* 3, 18): el mundo quedará

fundamentalmente semejante a sí mismo; padecerá alguna transformación que pondrá las cosas en el orden anterior a la caída.

Por lo que sabemos de la suerte de nuestros cuerpos, podemos pensar que el designio de Dios, en el término de la historia, no será aniquilar del todo las cosas que habrán sido puestas al día por el hombre en el curso de los siglos. Nuestros cuerpos resucitados y el mundo nuevo serán nuestros mismos cuerpos y nuestro mismo mundo transfigurados. Así, para este grupo de teólogos, las cosas y los hechos temporales son una preparación, secundaria sin duda, del Reino de los Cielos. La transformación de la materia por la técnica está en la línea que la conduce hacia la transformación final. Se piensa que todo lo que ha salido de la mano de Dios es bueno y es justo que este mismo mundo quede asociado a la glorificación del hombre.

De esta opinión optimista es partidario Karl Rahner. Afirma que la realidad nueva constituida por la resurrección de Cristo y su ámbito de existencia están relacionados en la última raíz del ser con nuestro mundo, pues todo depende de que nuestra realidad misma sea transformada y no sustituida por otra; de lo contrario, no podríamos seguir siendo de verdad nosotros mismos y nuestro mundo⁴.

En primer lugar, no sólo existirá un nuevo cielo, sino también una nueva tierra: la consumación del «cielo» que ha de transformar íntima, total y absolutamente la realidad del mundo en sí y en su forma propia de existencia.

En segundo lugar, el nuevo cielo y la nueva tierra están unidos radical y necesariamente. La forma celestial de existencia significa, sí, un emigrar de la manera de existir de la «carne y de la sangre», de la manera de ser terrenal, mudable, caída y mortal del cuerpo y de su mundo en torno, pero no un emigrar del mundo mismo. No puede haber un absoluto «más allá» si el hombre ha de resucitar un día y esto significa su perfección última. La realidad ultraterrena del más allá—existente ya en Cristo resucitado y en los «santos» de su cortejo—no puede concebirse, por tanto, desprovista de toda relación objetiva con este mundo, sin una relación cósmica con el mundo no glorificado. Es una realidad tal que se adhiere objetivamente a la realidad glorificada y es realmente predicable de ella. Lo cual no significa que hayan de aplicársele categorías que por su pertenencia al mundo no puedan predicarse en modo alguno de realidades «ultraterrenas».

Lo glorificado sigue estando en conexión real con el mundo no glorificado, pertenece inseparablemente al mundo uno e indivisi-

⁴ Cf. *Escritos de Teología*, 1 (Madrid, 1961) 247.

ble. Por ello, una glorificación tiene objetivamente su lugar determinado en el tiempo de este mundo.

También ha comenzado ya la redención perfecta de la carne. El mundo está ya en tránsito hacia la eternidad de Dios; no sólo en el «espíritu» de los que avanzan hacia la casa paterna, no sólo en el cuerpo de los de abajo. A la realidad total de la creación pertenece ya aquella nueva dimensión que llamamos cielo, y que un día podrá ser llamada nueva tierra, cuando haya sometido a sí toda la realidad terrestre, y no sólo un principio de ella.

Pero se impone una precisión. En estas perspectivas se puede preguntar: ¿Qué es esta transformación del mundo, de la que el hombre puede ser el agente al lado de la que intervendrá el último día? Hoy sí podemos admirar las bellas construcciones del hombre. Pero en el otro mundo ¿qué mirada merecerán a los ojos de los elegidos? La capacidad de velocidad y los instrumentos más perfeccionados poca cosa serán al lado de la participación de los elegidos que llevarán sobre el universo la misma mirada de Dios. No hay una común medida entre la transformación de acá abajo y la que se realizará el último día.

c) *Sentido escatológico del esfuerzo técnico*

De estas dimensiones escatológicas el trabajo y el esfuerzo técnico tomarán sus dimensiones humanas y sobrenaturales. Se abren nuevas perspectivas para poner en su sitio los diferentes aspectos de la técnica. La materia sobre la que el hombre ejerce su esfuerzo técnico no es extraña a estos horizontes sobrenaturales. El hombre con toda su vida y con su esfuerzo prepara el advenimiento del mundo sobre el que Cristo reinará eternamente. La victoria asegurada por Jesucristo inspira a los suyos una fe y una confianza inquebrantables como una audacia hacia los destinos nuevos.

El hombre no podrá cumplir por entero acá abajo la orden dada por Dios de sojuzgar el universo; hay que esperar el cielo y la bienaventuranza al fin del mundo para contemplar la creación perfectamente ordenada y organizada. Mientras tanto el mundo actual vive con cierta imperfección. Es verdad que progresa, pero con lentitud, con abstráculos y paradas seculares. Pero, entretanto, está reservado a los hombres esculpir en la materia las más perfectas, vigorosas, ordenadoras y luminosas prefiguraciones de la gloria celestial para que, con antelación, algo aparezca de los nuevos cielos y de la nueva tierra, y así la naturaleza imperfecta de la materia sea absorbida progresivamente.

La redención se consuma al fin de los tiempos, pero ya ha comenzado en el mundo. El Espíritu Santo ha sido enviado a la tierra. La fuerza de transfiguración del universo ha sido ya comuni-

cada. Podemos, pues, considerar que la técnica es algo más que un medio de transmitir al mundo valoraciones efímeras. La técnica puede convertir el mundo material en algo semejante a lo que será en su estado definitivo. El cosmos era un mero vestigio del Ente Supremo; ahora la técnica lo modela en parte como una imagen del Dios de la revelación. La naturaleza material goza ya de los preludios de su asunción al orden sobrenatural y glorioso de la eternidad. Con la técnica recibe la majestad divina una alabanza más perfecta y el cristiano halla en su servicio un poder acrecentado para su desarrollo plenario.

Todo progreso deslumbrante de la técnica y del mundo material va facilitando la unificación del género humano y la presencia ecuménica de la Iglesia; va haciendo desaparecer los estigmas envilecedores del trabajo, la ignorancia y las imperfecciones de la economía; va logrando que la materia sea más dócil a las tendencias espirituales, a las exigencias del destino del hombre en orden a una vida superior. Así, cada centella de progreso alcanza una significación universal y eterna, e integrada en un plan de conjunto, prepara la consumación de la historia. El hombre ha de preparar en el curso del tiempo la materia misma del mundo actual para el día de la segunda venida en que el Verbo encarnado imponga su forma definitiva, recapitulándolo todo en su gloria. Ha de colaborar en la génesis temporal de eso mismo que eternamente será salvado por Dios. Es un error, pues, desacreditar las tareas temporales bajo el pretexto de que el universo a cuya elaboración se contribuye es un universo caduco destinado a disolverse. Como dice Dubarle, «seguramente el sistema de las técnicas humanas no está llamado a hacer florecer el cuerpo de gloria de este mundo. Pero podemos pensar que está destinado a edificar la crisálida, este ser de espera, en que, llegado el tiempo, la iniciativa divina hará germinar y saltar la forma gloriosa de vida».

Para el hombre, crear en el cósmico es sembrar lo eterno. La materia que humaniza y racionaliza anuncia la realidad misteriosa de la tierra nueva, que será mucho más maravillosa de lo que podemos imaginar. El hombre, al trabajar la tierra, prepara los ciclos nuevos, la espiritualiza, la hace madura para el día en que va a dar su fruto de eternidad. Así el resultado del propio esfuerzo sobrepasa los horizontes de este mundo y se sitúa propiamente al nivel del otro mundo. Lo que hace el hombre no será eternamente extraño al Reino. Una concepción sana de las relaciones de la naturaleza y de la gracia, de la ciudad de los hombres y de la Ciudad de Dios, se opone a ello. Puesto que el esfuerzo técnico aparece como uno de los factores de la evolución del mundo y de su historia y quiere ser factor de esperanza y de liberación, hay que decir que una exacta concepción de la esperanza cristiana nos

impide hacer abstracción del contenido original del esfuerzo técnico.

Con todo, hay que decir que lo que prepara el reino de los cielos no es propiamente lo que hacemos, aunque obedezcamos a la orden del Señor en la utilización de las riquezas que ha puesto en nuestras manos. Lo que prepara el Reino es sobre todo la caridad que anima el corazón y el esfuerzo. Lo que queda del esfuerzo técnico no es esencialmente su resultado, su obra, por hermosa que sea, sino más bien el amor que lo habrá inspirado. El fuego probará la calidad de la obra de cada uno (*1 Cor 3, 13*). Es el amor lo que da a las actividades técnicas la verdadera grandeza en el orden sobrenatural. Si la mediación del hombre es necesaria para que el esfuerzo técnico tenga un sentido, esta mediación, para que sea completa, exige que el hombre tenga el corazón lleno de amor de Dios. La caridad es la que prepara los cielos nuevos y la tierra nueva. Poco importa que se hagan zapatos o que se industrialice la energía atómica con tal que haya caridad. La hermosura de la nueva creación será proporcional a la caridad que los hombres le habrán concedido. Los demiurgos que se entregan a la ciencia y a la técnica, pero no buscan en ello más que su amor propio y su voluntad de poder, perecerán.

De la universal soberanía de Cristo se deduce que la técnica ha de estar al servicio del Cristo cósmico. La transformación del mundo operada por la técnica tiende en su dinamismo interno a la glorificación total de Cristo y a la implantación de su pantocracia. El hombre es parte del cosmos y Cristo asimila todo el cosmos. Toda la historia de la humanidad y del cosmos aspira con un impulso arrollador a esta meta misteriosa de la total glorificación del Cristo total al que también pertenece la creación material. Todo lo creado no es más que la vestidura del Cristo cósmico que ha de ir tejiendo una técnica cristianamente concebida.

Esencialmente, el cristiano espera la venida del Reino definitivo que le será dado de lo alto por una intervención decisiva de Dios. Aquí ha de preparar esta venida viviendo lo más intensamente posible la fe, la esperanza y la caridad, y con estas virtudes tiene que vivificar su esfuerzo técnico y sus esbozos provisionales, que no serán perdidos por toda la eternidad.

Este esfuerzo no puede ser una pura distracción sin valor de eternidad. Esbozamos y trabajamos efectivamente para el advenimiento del Reino. Todos los esfuerzos y sus efectos se volverán a tomar y se terminarán por una intervención personal de Dios en la hora que haya elegido. Se va construyendo una ciudad maravillosa: los esfuerzos y las invenciones técnicas no se perderán si se ásumen en una perspectiva auténticamente cristiana.

Así en la fe, la esperanza y la caridad el hombre, unido a Cristo, prepara la nueva tierra en que vivirá el cuerpo resucitado.

Con Jesús, que ha venido a perfeccionar la ley, el hombre construye la Ciudad eterna, aquella en que no habrá más ley que la del amor. A Adán Dios le prometió someter la tierra y dominar la vida; pero el primer responsable de la tierra, sustrayéndose al orden de la gracia, hizo deslizar la tierra entera en la infidelidad. Por los méritos todopoderosos de Cristo, el hombre está asociado a la obra universal de la Redención, y existe entre Adán y la Parusía la obra del octavo día, que es la del hombre. Después de la profanación del viejo Adán, está el sacrificio del nuevo Adán, que da al mundo y al esfuerzo humano todas sus posibilidades.

No basta, pues, considerar la técnica solamente como un instrumento útil por medio del cual el hombre puede asegurar en adelante la satisfacción de todas sus necesidades temporales. Tiene también un valor religioso y es un elemento indispensable de la mística cristiana. Es imposible, en efecto, ser completamente cristiano sin interesarse por lo menos lejanamente por la conquista del mundo material. La obligación del esfuerzo técnico no solamente tiene por objeto la valorización utilitaria del mundo, sino la dominación desinteresada de las energías físicas, la transformación de la materia bruta en obras de arte en el sentido más amplio. Esta inserción del pensamiento en el elemento inerte es la que, liberando las cosas de su dispersión primera, de su desorden, de su estancamiento nativo y haciéndolas concurrir en plan racional, obra en ellas la espiritualización y las prepara con elaboración misteriosa para la nueva tierra. Comienza a triunfar la idea sobre los elementos, los hombres sobre la naturaleza, y todo por la causa de Cristo. Así en la visión cristiana del mundo el progreso técnico es un aspecto intrínseco del Cristo total.

Por consiguiente, sería un propósito blasfematorio, si fuera consciente, vincular la fe en Cristo y el éxito de la Encarnación solamente a una mentalidad pretécnica. La fe alcanza toda su medida cuando se enlaza con el fin de los tiempos en que se consumará y desvanecerá la Historia.

Cómo asumirá el Reino de Dios, en su salvación trascendente, el contenido de esta Historia terrestre y cómo recogerá en la bienaventuranza gratuita los buenos frutos de sus etapas y de sus civilizaciones, es un misterio.

MARTÍN BRUGAROLA, S. J.